

de David, al pié del monte Sion, dentro de la ciudad; los armenios poseen la iglesia construida sobre las ruinas de esta casa.

2.º El lugar donde el Salvador se apareció á María Magdalena, á María, madre de Santiago, y á María Salomé, entre el castillo y la puerta del monte Sion.

3.º La casa de Simón el Fariseo, donde la Magdalena confesó sus extravíos. Es una iglesia totalmente arruinada al Oriente de la ciudad.

4.º El monasterio de Santa Ana, madre de la Santa Virgen, y la gruta de la Concepcion inmaculada, debajo de la iglesia del monasterio. Este ha sido convertido en mezquita, pero se entra en él por algunas monedas. En tiempo de los cristianos estaba habitado por unos frailes. No está lejos de la casa de Simón.

5.º La cárcel de San Pedro, inmediata al Calvario, reducida á unas vetustas paredes.

6.º La casa de Zebedeo, bastante cerca de la cárcel de San Pedro, vasta iglesia, que pertenece al patriarca griego.

7.º La casa de María, madre de Juan Marcos, donde se retiró San Pedro cuando fue librado por el ángel. Es una iglesia servida por los sirios.

8.º El lugar donde fue martirizado Santiago el Mayor. Este es el convento de los armenios. La iglesia es muy rica y elegante. En breve hablaré del patriarca armenio.

El lector tiene ya á la vista el cuadro completo de los monumentos cristianos en Jerusalém. Vamos ahora á visitar sus alrededores.

Habia invertido dos horas en recorrer la Via-Dolorosa.

Todos los dias procuré ver este camino sagrado y la iglesia del Calvario, para que ninguna circunstancia importante pasase desapercibida para mí. Eran las dos cuando acabé el 7 de octubre mi primera revista de los Santos Lugares. Entonces monté á caballo, con Ali-Agá, el dragoman Miguel y mis criados, y salimos por la puerta de Jafa, para dar la vuelta completa á Jerusalém. Estábamos perfectamente armados, vestidos á la europea, y resueltos á no tolerar ofensa alguna. El embajador Deshayes logró con gran dificultad, en tiempo de Luis XIII, el permiso de entrar en Jerusalém con su espada.

Nos dirigimos hácia la izquierda al salir de la puerta de la ciudad, y caminamos hácia el Mediodía, pasando la piscina de Bersabé, foso ancho y profundo pero seco; luego subimos á la montaña de Sion, de la cual una parte se halla fuera de Jerusalém.

Supongo que el nombre *Sion* despierta en el ánimo de los lectores un gran recuerdo, y que desean conocer esta montaña tan misteriosa en la Escritura, tan célebre en los cánticos de Salomón; esta montaña, objeto de las bendiciones ó de las lágrimas de los profetas, y cuyos infortunios ha llorado Racine.

Es un montecillo de aspecto amarillento y estéril, abierto en forma de media luna por el lado que mira á Jerusalém, casi de la altura de Montmartre, pero mas redondeado en su cima. Esta cumbre sagrada está marcada por tres monumentos, ó por mejor decir, por tres ruinas: la casa de Caifás, el Santo Cenáculo, y el sepulcro ó palacio de David. Desde lo alto de la montaña se ve al Mediodía el valle de Ben-Hinnon; mas allá de este valle se estiende el Campo de la Sangre, comprado con los treinta dineros de Judas, el monte del Mal-Consejo, los sepulcros de los Jueces y todo el desierto hácia Hebron y Belém. Al Norte, el muro de Jerusalém, que pasa por la cima de Sion, impide la vista de la ciudad, que va siempre inclinándose hácia el valle de Josafat.

La casa de Caifás es actualmente una iglesia servida por los armenios; el sepulcro de David es una reducida sala abovedada, en la que hay tres sepulcros de piedras negruzcas; el Santo Cenáculo es una mezquita y un hospital turco, que antiguamente eran

una iglesia y un monasterio ocupados por los religiosos de Tierra-Santa.

Este último santuario es igualmente famoso en el Antiguo y Nuevo Testamento: David hizo en él su palacio y su sepulcro, y en él guardó por espacio de tres meses el Arca de la Alianza.

Jesucristo celebró allí la Pascua, é instituyó el sacramento de la Eucaristia.

Allí se apareció á sus discípulos el dia de su resurreccion; allí bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

El Santo Cenáculo llegó á ser el primer templo cristiano del mundo; en él fue consagrado Santiago el Menor primer obispo de Jerusalém, y San Pedro celebró el primer concilio de la Iglesia.

Por último, de este lugar partieron los Apóstoles, pobres y desnudos, para ocupar todos los tronos de la tierra: *Ite, et docete omnes gentes.*

El historiador Josefo nos ha dejado una descripción magnífica del palacio y del sepulcro de David.

Benjamin de Tudela refiere acerca de este sepulcro un cuento bastante singular.

Al bajar de la montaña de Sion, por el lado del Levante, llegamos por el valle á la fuente y piscina de Siloé, donde Jesucristo dió vista al ciego. La fuente brota de un peñasco, y corre en silencio *cum silentio*, segun el testimonio de Jeremías, lo que está en contradicción con un pasaje de San Gerónimo; tiene una especie de flujo y reflujo, ya vertiendo sus aguas como la fuente de Vaucluse, ya reteniéndolas y dejándolas apenas correr. Los Levitas esparcían el agua de Siloé sobre el altar, en la fiesta de los Tabernáculos, cantando: *Haurietes aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* Milton invoca esta fuente al principio de su poema, en lugar de la fuente Castalia:

Or if Sion-hill
Delight thee more, and Siloa's brook that flow'd
Fast by the oracle God, etc.;

y Delille ha traducido en hermosos versos esta invocación:

Toi donc qui, célébrant les merveilles des cieux,
Prends loin de l'Hélicon un vol audacieux;
Soit que, te retenant sous ses palmiers antiques
Sion avec plaisir répète tes cantiques;

Soit que, chantant le jour où Dieu donna sa loi,
Le Sina sous tes pieds tressaille encor d'effroi;
Soit que, près du saint lieu d'où partent ses oracles,
Les flots du Siloé te disent ses miracles:
Muse sainte, soutiens mon vol présomptueux.

Algunos dicen que esta fuente brotó repentinamente de la tierra de Isaías, cuando este profeta fue serrado por medio cuerpo con una sierra de madera por mandato de Manasés; otros aseguran que se la vió brotar en el reinado de Ezequías.

Segun Josefo, este manantial, maravilloso para el ejército de Tito, negaba sus aguas á los judíos culpables. La piscina, ó por mejor decir, las dos piscinas del mismo nombre están inmediatas al manantial. Sirven en la actualidad, como en otro tiempo, para lavar, y vimos en ellas á unas mujeres que nos llenaron de improperios, huyendo de nosotros. El agua de la fuente es salobre y bastante ingrata al paladar; los peregrinos banan en ella sus ojos, en memoria del milagro del ciego de nacimiento.

No lejos de allí se enseña el lugar donde el profeta Isaías sufrió el martirio ya citado. Véase tambien un lugar llamado *Siloan*, á cuyo pié hay otra fuente llamada *Rogel* por la Escritura; en frente de ella y al pié del monte Sion, se halla otra fuente denominada *Maria*. Créese que la Virgen iba allí á buscar agua. Esta fuente y la de Siloé confunden sus aguas.

Aquí, como lo observa San Gerónimo, empieza el

monte Moria al pié de los muros del templo, y casi en frente de la puerta Esterquilinaria. Adelantamos hasta el ángulo oriental del muro de la ciudad, y entramos en el valle de Josafat, que se estiende de Norte á Mediodía entre los montes Olivete y Moria. El torrente Cedron lo atraviesa; este torrente está seco una parte del año; pero en las tempestades y en las primaveras lluviosas arrastra unas aguas rojizas.

El valle de Josafat se denomina aun en la Escritura *Valle de Savé, Valle del Rey, Valle de Melquisedech*. En este valle buscó el rey de Sodoma á Abraham, para felicitarle por la victoria alcanzada sobre los cinco reyes. Moloc y Belfegor recibieron adoracion en este mismo valle, que mas tarde tomó el nombre de *Josafat*, porque el rey así llamado hizo construir en él su sepulcro. Este valle parece ha servido siempre de cementerio á Jerusalém; pues se encuentran en él los monumentos de los siglos mas remotos y de los tiempos mas modernos; los judíos van á morir á él desde las cuatro partes del mundo, y un extranjero les vende á precio de oro un puñado de tierra para cubrir sus restos en el campo de sus antepasados. Los cedros que Salomón plantó en este valle (1); la sombra del templo que lo cubria; el torrente que lo atravesaba; los cánticos de amargura que David compuso en él, y las lamentaciones con que Jeremías lo hizo resonar, lo hacian muy á propósito para la tristeza y la paz de los sepulcros. Al dar principio á su Pasion en este lugar solitario, Jesucristo lo consagró de nuevo á los dolores: este inocente David derramó en él, para borrar nuestros crímenes, las lágrimas que David el culpable vertió en espacion de sus propias culpas. Pocos nombres hay que despierten en la imaginacion pensamientos mas tiernos y á la vez mas formidables que el del valle de Josafat; valle tan lleno de misterios que, segun el profeta Joel, todos los hombres deben comparecer en él un dia ante el Juez terrible: *Congregabo omnes gentes, et deducam eas in vallem Josaphat, et disceptabo cum eis ibi.* «Es muy natural, dice el padre Nau, que el honor de Jesucristo sea desagraviado públicamente en el lugar donde se le infirieron tantos oprobios é ignominias, y que juzgue equitativamente á los hombres donde estos le juzgaron tan arbitrariamente.»

El aspecto del valle de Josafat presenta una completa desolacion; su parte occidental es una alta colina de tierra que sostiene los muros góticos de Jerusalém, sobre los cuales se la descubre; la oriental está formada por el monte de los Olivos y la montaña del Escándalo, *mons Offensionis*, llamado así por la idolatría de Salomón. Estas dos montañas, casi contiguas, están casi desnudas de vegetacion, presentan un color rojo-oscuro, y en sus desiertas laderas se ven esparcidas al azar algunas viñas negras y abrasadas, algunos bosquecillos de olivos silvestres, algunos eriales cubiertos de hisopo y algunas capillas, oratorios y mezquitas arruinadas. En medio del valle se ve un puente de un solo arco, construido sobre el barranco del torrente Cedron. Las piedras del cementerio de los judíos se muestran como un monton de despojos al pié del monte del Escándalo y del pueblo árabe de Siloan, costando algun trabajo distinguir las chozas de esta ciudad de los sepulcros que los rodean. Tres monumentos antiguos, los sepulcros de Zacharias, de Absalon y de Josafat, descuellan en este campo de destruccion. Al ver la profunda tristeza de Jerusalém, de la que no se eleva ningun humo, donde no resuena el mas leve rumor; al observar la monotonía soledad de sus montañas, no pobladas por algun ser viviente; al advertir el pavoroso desorden de aquellos sepulcros destrozados, rotos y entreabiertos, pudiera decirse que la ronca trompeta del juicio ha resonado ya, y que los muer-

(1) Josefo dice que Salomón hizo cubrir de cedros las montañas de Judea.

tos van á levantarse de las estremecidas tumbas en el lóbrego valle de Josafat.

En la misma orilla, y casi en el nacimiento del Cedron, entramos en el Jardin de los Olivos, que pertenece á los padres latinos, y en él se ven ocho corpulentos olivos, de estremada vejez. El olivo es, por decirlo así, inmortal, porque renace de su tronco; así es que en la ciudadela de Atenas se conservaba uno cuyo origen subia hasta la fundacion de la ciudad. Los del citado jardin son por lo menos del tiempo del Bajo Imperio; hé aquí la prueba. Todo olivo hallado en pié por los musulmanes cuando invadieron el Asia, no paga en Turquía sino un medin al fisco, mientras que el plantado despues de la conquista debe al Gran-Señor la mitad de sus frutos. Esta ley, como se echa de ver, es tan absurda como la mayor parte de las demás que rigen en Turquía, pues es muy arbitrario que se tengan miramientos con el vencido, en el momento de la conquista, al paso que la violencia puede ocasionar la injusticia, y arruinar al súbdito en plena paz.

Apeámonos á la entrada de este jardin para visitar á pié las Estaciones de la montaña. El reducido Getsemani estaba á alguna distancia del jardin de los Olivos. Confúndesele actualmente con este jardin, como observan Thevenot y Rogerio.

Primero entramos en el sepulcro de la Virgen, que es una iglesia subterránea, á la que se baja por cincuenta escalones bastante cómodos; está repartida entre todas las sectas cristianas; hasta los turcos tienen un oratorio en aquel lugar, y los católicos poseen el sepulcro de María. Aunque la Virgen no murió en Jerusalém, muchos Padres opinan que fue enterrada milagrosamente en Getsemani por los Apóstoles. Eutimio refiere la historia de estos maravillosos funerales. Habiendo Santo Tomás hecho abrir el féretro, solo se halló en él una túnica virginal, sencilla y pobre vestidura de la gloriosa reina que los ángeles habian llevado al cielo. Los sepulcros de San José, San Joaquin y Santa Ana están tambien en esta iglesia subterránea.

Al salir del sepulcro de la Virgen fuimos al jardin de los Olivos á ver la gruta donde el Salvador derramó un sudor de sangre, pronunciando estas palabras: *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste.*

Esta gruta es de forma irregular, y en ella se han construido algunos altares. A escasa distancia se ve el lugar donde Judas vendió con un beso á su Maestro. ¡A cuán amargo dolor se humilló Jesucristo! Y en el mismo instante en que un ángel abandonaba el cielo para sostener la Divinidad que desfallecia, agoviada al peso de las miserias humanas, esta Divinidad misericordiosa era vendida por un hombre!

Al dejar la gruta del Cáliz de amargura, y subiendo un camino tortuoso y sembrado de guijarros, el dragoman nos detuvo cerca de un peñasco, desde donde, segun se dice; miró Jesucristo la ciudad culpable, llorando la próxima ruina de Sion. Baronio observa que Tito plantó sus tiendas en el mismo lugar donde el Salvador predijo la destruccion de Jerusalém; pero Doubdan, que impugna esta opinion sin citar á Baronio, cree que la sexta legion romana acampó en la cumbre de la montaña de los Olivos y no en su ladera. Esta crítica es harto severa, y no por ella es menos hermosa y exacta la observacion de Baronio.

Desde el peñasco de la *Prediccion* subimos á unas grutas situadas á la derecha del camino. Llámense los *Sepulcros de los Profetas*; pero nada notable presentan, y se ignora quiénes son los profetas cuyas cenizas encierran.

Un poco mas arriba de estas grutas hallamos una especie de cisterna compuesta de doce arcadas; en este lugar compusieron los Apóstoles el símbolo de nuestra creencia. Mientras el mundo entero adoraba á la faz del sol mil vergonzosas divinidades, doce pescadores, ocultos en las entrañas de la tierra, dirigian la profesion de fe del género humano, y reconocian la unidad

de Dios, creador de esos astros á cuya luz nadie osaba aun proclamar su existencia. Si algun romano de la corte de Augusto hubiese descubierto al pasar por aquel subterráneo, á los doce judíos que componían esta obra sublime, ¿con cuánto desprecio los hubiera mirado! Con cuánto desden hubiese hablado de estos primeros fieles! Y no obstante, se disponían á derribar los templos de este romano, á destruir la religion de sus padres, á cambiar las leyes, la política, la moral, la razon y hasta los pensamientos de los hombres. Nunca desconfiemos, pues, de la salvacion de los pueblos. Los cristianos gimen hoy en la tibieza de la fe; ¿quién sabe, empero, si Dios ha plantado en alguna region desconocida la semilla de mostaza que debe multiplicarse en los campos? Tal vez tenemos á la vista esta esperanza de salvacion, sin que fijemos nuestra atencion en ella; tal vez nos parece tan absurda como ridícula. Mas, ¿quién hubiera creído la locura de la Cruz?

Subiendo un poco mas, hallamos las ruinas, ó por mejor decir, el solar desierto de una capilla, donde, segun enseña una tradicion constante, Jesucristo recitó la *Oracion Dominical*.

Así, pues, se compusieron casi en el mismo lugar la profesion de fe y la oracion de todos los hombres.

A treinta pasos de allí, dirigiéndose un poco al Norte, hay un olivo á cuyo pié el Hijo del Hombre predijo el Juicio final.

Por último, se adelanta cincuenta pasos mas en la montaña, y se llega á una pequeña mezquita de forma octógona, restos de una iglesia erigida antiguamente en el mismo lugar donde Jesucristo subió al cielo despues de su resurreccion. Distinguese en el peñasco la huella del pié izquierdo de un hombre; véase tambien la del pié derecho; la mayor parte de los peregrinos dicen que los turcos han arrancado esta segunda huella, para colocarla en la mezquita del Templo; pero el padre Roger afirma terminantemente que no se halla en él. Callo por respecto; pero sin sentirme convencido, en presencia de autoridades dignas de toda deferencia: San Agustín, San Gerónimo, San Paulino, Sulpicio Severo, el venerable Beda, la tradicion, y todos los viajeros antiguos y modernos aseguran que dicha huella señala un paso de Jesucristo; y de la cual, bien examinada, se ha inferido que el Salvador tenia vuelto el rostro hácia el Norte en el momento de su ascension, como para renegar de ese Mediodia infestado de errores, para llamar á la fe á los bárbaros que debían derribar los templos de los falsos dioses, crear nuevas naciones y plantar el estandarte de la cruz sobre los muros de Jerusalém.

Muchos Padres de la Iglesia han creído que Jesucristo se elevó á los cielos en medio de las almas de los patriarcas y profetas, librados por él de la esclavitud de la muerte, habiendo sido su Madre y ciento veinte discípulos testigos de su ascension. San Gregorio de Nazianceno dice que estendió los brazos como Moisés y presentó sus Discípulos á su Padre; luego cruzó sus manos poderosas, bajándolas sobre la cabeza de sus predilectos, segun dice Tertuliano; no de otro modo bendijera Jacob á los hijos de José; despues, alejándose de la tierra con admirable magestad, subió lentamente á las mansiones eternas y se perdió en una nube luminosa, como dice Ludolfo.

Santa Elena habia mandado construir una iglesia en el sitio donde se halla en la actualidad la mezquita octógona. San Gerónimo nos dice que nunca se consiguió cerrar la bóveda de esta iglesia en el lugar donde Jesucristo verificó su ascension. El venerable Beda asegura que en su tiempo en la víspera de la Ascension se veía el monte de los Olivos cubierto de fuego durante la noche. Nada obliga á dar crédito á estas tradiciones, que consigno con el mero objeto de dar á conocer la historia y las costumbres; pero si Newton y Descartes hubieran dudado filosóficamente

de estas maravillas, Racine y Milton no las hubieran repetido poéticamente.

Tal es la historia evangélica, esplicada por los monumentos. La hemos visto empezar en Belém, marchar á su desenlace en casa de Pilatos, llegar á la catástrofe en el Calvario y terminar en el monte de los Olivos. El lugar de la Ascension no está enteramente en la cima de la montaña, sino á doscientos ó trescientos pasos mas abajo de la cumbre mas alta.

Bajamos de esta montaña, y volviendo á montar á caballo continuamos nuestro camino. Dejamos á nuestra espalda el valle de Josafat, y seguimos unos caminos escarpados, hasta el ángulo septentrional de la ciudad; desde donde, dirigiéndonos al Oriente á lo largo del muro que mira al Norte, llegamos á la gruta donde Jeremías compuso sus *Lamentaciones*. No estábamos lejos de los sepulcros de los Reyes; pero renunciamos á visitarlo aquel dia, porque era tarde. Fuimos, pues, á buscar la puerta de Jafa, por la cual habíamos salido de Jerusalém. Eran las siete cuando volvimos á entrar en el convento.

Nuestra excursion habia durado cinco horas. A pié, y siguiendo el recinto de los muros, necesitase apenas una hora para dar la vuelta á Jerusalém.

A las cinco de la mañana del 8 de octubre, emprendí la visita del interior de la ciudad, acompañado de Ali-Agá y el dragoman Miguel. Detengamonos aquí, para dirigir una ojeada á la historia de Jerusalém.

Esta ciudad fue fundada en el año 2023 del mundo, por el gran sacerdote Melquisedech, quien la apellidó *Salem*, es decir, la *Paz*; entonces ocupaba solamente los dos montes *Mora* y *Akra*.

Cincuenta años despues de su fundacion fue tomada por los jebuseos, descendientes de Jebus, hijo de Canaam, y construyeron sobre el monte Sion una fortaleza á que dieron el nombre *Jebus*, su padre; la ciudad tomó entonces el nombre de *Jerusalém*, que significa *Vision de paz*. Toda la Escritura hace de ella un magnifico elogio: *Jerusalem, civitas Dei, luce splendida fulgebis. Omnes nationes terrae adorabunt te, etc. (Tobías)*.

Josué se apoderó de la parte baja de Jerusalém el primer año de su entrada en la Tierra Prometida, dando muerte á Adonisedech y á los cuatro reyes de Ebron, de Jerimol, de Lachis y de Eglon. Los jebuseos permanecieron dueños de la parte alta, ó de la ciudadela de Jebus, siendo expulsados por David ochocientos veinte y cuatro años despues de su entrada en la ciudad de Melquisedech.

David hizo aumentar la ciudadela de Jebus, y le dió su propio nombre; y tambien hizo construir sobre la montaña de Sion un palacio y un tabernáculo para colocar en él el Arca de la Alianza.

Salomon aumentó la Ciudad-Santa, y erigió ese primer templo cuyas maravillas refieren la Escritura y el historiador Josefo, y en cuyo elogio compuso el mismo Salomon tan hermosos cánticos.

Cinco años despues de la muerte de Salomon, Sescac, rey de Egipto, atacó á Roboam, tomó á Jerusalém y la saqueó.

Ciento cincuenta años despues fue saqueada de nuevo por Joas, rey de Israel.

Invasión segunda vez por los Asirios, Manasés, rey de Judá, fue llevado cautivo á Babilonia. Por último, en el reinado de Sedecias, Nabucodonosor destruyó enteramente á Jerusalém, incendió el Templo y llevó los judíos á Babilonia. *Sion quasi ager arabatur*, dice Jeremías; *Hierusalem ut... lapidum erat*. San Gerónimo, para pintar la soledad de esta ciudad desolada, dice que no se veía volar en ella un solo pájaro.

El primer templo fue destruido cuatrocientos setenta años, seis meses y diez dias despues de su fundacion por Salomon, el año del mundo 3513, cerca

de seiscientos años antes de Jesucristo; habian transcurrido cuatrocientos setenta y siete desde David hasta Sedecias, y la ciudad habia sido gobernada por diez y siete reyes.

Despues de los setenta años de cautiverio, Zorobabel empezó á reconstruir el Templo y la ciudad. Esta obra, interrumpida durante algunos años, fue sucesivamente terminada por Esdras y Nehemias.

Alejandro pasó por Jerusalém el año del mundo 3383, y ofreció sacrificios en el Templo.

Tolomeo, hijo de Lago, se enseñoreó de Jerusalém; pero fue muy bien tratada por Tolomeo Filadelfo, que hizo magníficos presentes en el Templo.

Antíoco el Grande arrebató la Judea á los reyes de Egipto, y luego la entregó á Tolomeo Evergetes. Antíoco Epifanio saqueó de nuevo á Jerusalém, y colocó en el Templo el ídolo de Júpiter-Olimpico.

Los Macabeos devolvieron la libertad á su patria, y la defendieron contra los reyes de Asia.

Por desgracia, Aristóbulo é Hircan disputaron entre sí la corona, y recurrieron á los romanos, quienes, por la muerte de Mitridates, habian llegado á ser dueños del Oriente. Pompeyo corrió á Jerusalém, y entrando en la ciudad, sitió y tomó el Templo. Craso no tardó en saquear este augusto monumento, que Pompeyo vencedor habia respetado.

Hircan, protegido por César, se habia mantenido en la gran sacrificatura. Antígono, hijo de Aristóbulo, envenenado por los pompeyanos, hizo la guerra á su tío Hircan, y llamó en su ayuda á los partos, quienes, cayendo sobre la Judea, entraron en Jerusalém y se llevaron prisionero á Hircan.

Herodes el Grande, hijo de Antipater, distinguido oficial de la corte de Hircan, se apoderó del reino de Judea merced al apoyo de los romanos. Antígono, á quien la suerte de las armas hizo caer en manos de Herodes, fue enviado á Antonio. El último descendiente de los Macabeos, el rey legítimo de Jerusalém, fue atado á un poste, azotado, y condenado á muerte por orden de un ciudadano romano.

Herodes, único dueño de Jerusalém, la llenó de monumentos soberbios de que hablaré en otro lugar. Jesucristo vino al mundo en el reinado de este príncipe.

Arquelao, hijo de Herodes y de Mariamna, sucedió á su padre, mientras que Herodes Antipas, hijo tambien del gran Herodes, obtuvo la tetrarquía de la Galilea y la Perea. Este hizo degollar á San Juan Bautista, y envió Jesucristo á Pilatos. Este Herodes tetrarca fue desterrado á Lion por Calígula.

Agripa, nieto de Herodes el Grande, obtuvo el reino de Judea; pero su hermano Herodes, rey de Calicea, se hizo dueño absoluto del Templo, del tesoro sagrado y de la gran sacrificatura.

Despues de la muerte de Agripa, la Judea quedó reducida á la condicion de provincia romana. Habiéndose los judíos rebelado contra sus señores, Tito sitió y tomó á Jerusalém, habiendo muerto de hambre doscientos mil judíos durante este sitio. Desde el 14 de abril hasta el 1.º de julio del año 71 de nuestra era, salieron por una sola puerta de Jerusalém ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres. El cuero de los zapatos y escudos sirvió de alimento, y hasta se llegó á hacer uso del heño y de las inmundicias que se buscaban en los albañales, habiendo una madre devorado á su hijo. Los sitiados tragaban su dinero; y el soldado romano, que esto vió, degollaba á los prisioneros, para buscar el tesoro oculto en las entrañas de aquellos desgraciados. Mil quinientos judíos perecieron dentro de Jerusalém, y doscientos treinta y ocho mil, cuatrocientos sesenta, en el resto de la Judea. No comprendo en este cálculo ni las mujeres, ni los niños, ni los viejos arrebatados por el hambre, las sediciones y las llamas. Finalmente, hubo noventa y nueve mil doscientos prisioneros de guerra: unos fueron condenados á los trabajos públicos: los otros

reservados al triunfo de Tito; y fueron presentados en los anfiteatros de Europa y Asia, donde se mataron entre sí para divertir el populacho del mundo romano. Los menores de diez y siete años fueron espuestos á la vergüenza con las mujeres, y se daban treinta por un dinero. La sangre del Justo habia sido vendida en treinta dineros en Jerusalém, y el pueblo habia gritado: *Sanguis ejus super nos et super filios nostros*. Dios oyó este voto de los judíos, y desviando sus ojos de la tierra prometida, escogió un pueblo nuevo.

El Templo fue quemado treinta y ocho años despues de la muerte de Jesucristo; de modo que muchos de los que habian oído la prediccion del Salvador, pudieron ver su cumplimiento.

Habiéndose sublevado de nuevo el resto de la nacion judía, Adriano acabó de destruir lo que Tito habia dejado en pié en la antigua Jerusalém, y construyó sobre las ruinas de la ciudad de David otra ciudad á la que dió el nombre de *Ælia Capitolina*; prohibió la entrada en ella á los judíos bajo pena capital, é hizo esculpir un cerdo sobre la puerta que conducía á Belém. No obstante, San Gregorio Nazianceno asegura que los judíos tenían el permiso de entrar en *Ælia* una vez al año, para llorar; y San Gerónimo concede que se les vendía á peso de oro el derecho de verter lágrimas sobre las cenizas de su patria.

Segun refiere Dion, quinientos ochenta y cinco judíos murieron en esta guerra promovida por Adriano. Multitud de esclavos de ambos sexos fue vendida en las ferias de Gaza y de Membre, habiendo sido arrasados cincuenta castillos y novecientos ochenta y cinco pueblos.

Adriano edificó su nueva ciudad precisamente en el lugar que hoy ocupa; y por un designio providencial, como observa Dubdan, encerró el monte Calvario dentro de las murallas. En la época de la persecucion de Diocleciano, hasta el nombre de Jerusalém yacia en tan profundo olvido, que habiendo respondido un mártir á un gobernador romano que era natural de esta ciudad, el gobernador creyó que el mártir hablaba de alguna ciudad facciosa secretamente construida para los cristianos. A fines del siglo séptimo Jerusalém se llamaba aun *Ælia*, como se ve en el *Viaje* de Arculfo, en Adamano y en el venerable Beda.

En tiempo de los emperadores Antonino, Séptimo Severo y Caracalla tuvieron lugar en la Judea algunos movimientos. Jerusalém, que en su vejez se habia hecho pagana, reconoció al fin al Dios que habia rechazado. Constantino y su madre derribaron los ídolos levantados sobre el sepulcro del Salvador, y consagraron los Santos Lugares con los edificios que actualmente se ven.

En vano intentó Juliano treinta y siete años despues reunir los judíos en Jerusalém: los hombres trabajaban en esta obra con azadones y palas de plata, y las mujeres llevaban la tierra en la falda de sus mas ricos vestidos; pero saliendo unos globos de fuego de los medio abiertos cimientos, dispersaron los obreros y no permitieron dar cima á la empresa.

Hallamos una sedicion de los judíos en tiempo de Justiniano, el año 501 de Jesucristo. Reinando este emperador, la iglesia de Jerusalém fue elevada á la dignidad patriarcal.

Destinada á luchar siempre contra la idolatría y á vencer á las falsas religiones, Jerusalém fue tomada por Cosroes, rey de los persas, el año 613 de Jesucristo. Los judíos esparcidos por la Judea compraron á este príncipe noventa mil prisioneros cristianos y los degollaron.

Heracio derrotó á Cosroes en 627; y reconquistando la verdadera cruz, arrebatada por el rey de los persas, la restituyó á Jerusalém.

Nueve años despues, el califa Omar, tercer sucesor de Mahoma, se apoderó de Jerusalém despues de ha-

berla sitiado por espacio de cuatro meses; la Palestina y el Egipto se doblaron al yugo del vencedor.

Omar fue asesinado en Jerusalén en 643. El establecimiento de muchos califatos en Arabia y en Siria; la caída de la dinastía de los Omniades, y el entronizamiento de la de los Abásides, llenaron la Judea de agitación y calamidades durante más de doscientos años.

Ahmed, turco tolonida, que de gobernador de Egipto habíase convertido en su soberano, conquistó á Jerusalén en 868; pero habiendo sido derrotado su hijo por los califas de Bagdad, la Ciudad-Santa volvió al poder de estos el año 905 de nuestra era.

Otro turco, llamado *Mahomet-Ikhschid*, habiéndose apoderado á su vez del Egipto, llevó sus armas fuera de él, y sometió á Jerusalén el año 936 de Jesucristo.

Los fatimitas, abandonando los arenales de Cirene en 968, espulsaron á los Ikschiditas del Egipto, y conquistaron muchas ciudades de la Palestina.

Otro turco llamado *Ortok*, favorecido por los Seljucidas de Alepo, se hizo dueño de Jerusalén en 984, y sus hijos le sucedieron en el trono.

Mostali, califa de Egipto, obligó á los Ortokidas á salir de Jerusalén.

Haquem ó Hequem, sucesor de Aziz, segundo califa fatimita, persiguió á los cristianos en Jerusalén en 996, como ya he dicho, hablando de la iglesia del Santo Sepulcro. Este califa murió en 1021.

Meleschah, turco seljucida, tomó la Ciudad Santa en 1076, é hizo talar todo el país. Los Ortokidas, que habian sido espulsados de Jerusalén por el califa Mostali, volvieron á ella y se sostuvieron contra Reduan, príncipe de Alepo; pero fueron espulsados de nuevo por los fatimitas en 1076; y estos reinaban aun cuando los cruzados se presentaron en las fronteras de la Palestina.

Los escritores del siglo xviii han presentado las Cruzadas bajo un punto de vista odioso. He sido uno de los primeros que ha protestado (*Genio del Cristianismo*), contra esta ignorancia ó injusticia. Las Cruzadas no fueron locuras, como se las apellidaba, ni en su principio ni en su resultado. Los cristianos no eran los agresores, pues si los vasallos de Omar, saliendo de Jerusalén, después de dar la vuelta al Africa, cayeron sobre Sicilia, España y Francia, donde fueron esterminados por Carlos Martel, ¿por qué los súbditos de Felipe I, saliendo de Francia, no tendrían el derecho de dar la vuelta al Asia, para vengarse de los descendientes de Omar, hasta en Jerusalén? Ciertamente es un magnífico espectáculo ver á estos dos ejércitos de Europa y de Asia marchar en sentido contrario al rededor del Mediterráneo, y encaminándose, á la sombra de sus respectivas banderas, á atacar á Jesucristo y á Mahoma, en medio de sus adoradores. El que no vea en las Cruzadas sino unos peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, muestra una vista muy limitada en historia. Trátase, no solo del rescate de este sagrado sepulcro, sino tambien de saber si debía dominar la tierra un culto enemigo de la civilización, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ó un culto que ha hecho revivir en las naciones modernas el genio de la docta antigüedad y abolido la ominosa servidumbre. Basta leer el discurso del papa Urbano II en el concilio de Clermont para convencerse de que los jefes de aquellas empresas guerreras no abrigan las mezquinas ideas que se les atribuyen, puesto que su propósito era salvar al mundo de una nueva irrupción de bárbaros. El espíritu del mahometismo es la persecución y la conquista, al paso que el del Evangelio es la tolerancia y la paz. Los cristianos sufrieron por espacio de setecientos sesenta y cuatro años todos los males que se gozó en causarles el fanatismo de los musulmanes, y solo intentaron interesar

en su favor á Carlo Magno; pero ni España sometida, ni la Grecia y las Dos-Sicilias devastadas, ni el Africa entera esclavizada pudieron determinar por espacio de cerca de ocho siglos á los cristianos á tomar las armas. Si al fin los tristes gritos de tantas víctimas degolladas en Oriente, si los alarmantes progresos de los bárbaros, ya en las puertas de Constantinopla, despertaron á la cristiandad y la hicieron acudir presurosa á su propia defensa, ¿quién se atrevería á decir que la causa de las guerras sagradas fue injusta? ¿Cuál sería hoy nuestra suerte, si nuestros padres no hubiesen rechazado oportunamente la fuerza con la fuerza? Contémplese la Grecia actual, y veremos cual es el destino de un pueblo bajo el yugo musulmán. Los que tanto se felicitan en nuestros días por el progreso de las luces, ¿hubieran querido ver reinar entre nosotros una religión que entregó á las llamas la biblioteca de Alejandría, que considera un mérito el humillar á los hombres, y que mira con el mayor desprecio las ciencias y las artes?

Las Cruzadas, al debilitar las hordas mahometanas en el centro mismo del Asia, han impedido que fuésemos presa de los turcos y los árabes. Han hecho mas: nos han salvado de nuestras propias revoluciones, suspendiendo, por medio de la *paz de Dios*, nuestras guerras civiles, y abriendo una ancha salida á ese exceso de población que tarde ó temprano ocasiona la ruina de los Estados: observacion hecha por el padre Maimbourg, y latamente dilucidada por Mr. de Bonald.

Por lo que respecta á los demás resultados de las Cruzadas, empíezase ya á convenir en que estas empresas bélicas favorecieron el desarrollo de las ciencias y la civilización. Robertson ha tratado concienzudamente este asunto en su *Historia del comercio de los antiguos, en las Indias Orientales*. Añadiré que no debe omitirse en estos cálculos la justa celebridad alcanzada por las armas europeas en las expediciones de allende los mares. El tiempo de estas expediciones es el tiempo heroico de nuestra historia; el en que tuvo origen nuestra poesia épica. Lo que presenta en una nacion el sello de lo maravilloso no debe ser despreciado por esta misma nacion, pues sería vano empeño pretender disimularnoslo: existe en nuestro corazon algo que nos hace amar la gloria; el hombre no se compone únicamente de cálculos positivos acerca de su bien y su mal, y creerlo así fuera rebajarlo en demasia; solo alimentando á los romanos con la idea de la *eternidad* de Roma, se les condujo á la conquista del mundo, y se les hizo legar á la historia un nombre eterno.

Godofredo se presentó, pues, en las fronteras de la Palestina el año 1099 de Jesucristo, acompañado de Balduino, Eustaquio, Tancredo, Raimundo de Tolosa, y los condes de Flandes y de Normandía; de la Estrella, que fue el primero en escalar los muros de Jerusalén; de Guicher, célebre ya por haber partido un leon por la mitad del cuerpo; de Gaston de Foix; de Gerardo de Rosellon; de Raimbaldo de Orange; de San-Pol y de Lamberto; Pedro el Ermitaño caminaba con su báculo de peregrino, á la cabeza de estos caballeros. Apoderáronse primero de Rama, y penetraron luego en Emmaús, mientras Tancredo y Balduino de Bourg entraron en Belém. Jerusalén no tardó en ser sitiada, y el estandarte de la cruz ondeó sobre sus muros un viernes 15, y en sentir de otros, 12 de julio de 1099, á las tres de la tarde.

Hablaré del sitio de esta ciudad cuando examine el teatro de la *Jerusalén libertada*. Godofredo fue elegido por sus hermanos de armas rey de la conquistada ciudad. Era aquel el tiempo en que unos simples caballeros saltaban desde la brecha al trono, pues el casco enseña á ceñir dignamente la diadema, y la mano herida que manejó la lanza, se envuelve con nobleza en la púrpura. Godofredo se negó á ceñir sus sienes

SALADINO,
VENCEDOR DEL ASIA,
SOLO CONSERVA ESTA MORTAJA,
DE TODAS LAS RIQUEZAS QUE CONQUISTÓ.

«con la brillante corona que se le ofrecía, no queriendo, decía, llevar una corona de oro donde Jesucristo la habia llevado de espinas.»

Naplusa abrió sus puertas; el ejército del soldan de Egipto fue batido en Ascalon. El monge Roberto se sirve exactamente para pintar la derrota de este ejército de la comparación de Rousseau, tomada de la *Biblia*:

La Palestine enfin, après tant de ravages,
Vit fuir ses ennemis comme on voit les nuages
Dans le vague des airs fuir devant l'aquilon.

Es probable que Godofredo muriese en Jafa, cuyas murallas hizo reconstruir. Sucedióle su hermano Balduino, conde de Edesa, que falleció en medio de sus victorias, y en 1118 dejó el reino á su sobrino Balduino de Bourg.

Melisandra, hija mayor de Balduino II, casó con Fulques de Anjou, y llevó en dote á su marido el reino de Jerusalén, en 1130. Habiendo muerto Fulques de una caída de caballo en 1140, sucedióle su hijo Balduino III. La segunda Cruzada, predicada por San Bernardo, y conducida por Luis VII y el emperador Conrado, se verificó durante el reinado de Balduino III. Después de ocupar el trono por espacio de veinte años, Balduino dejó la corona á su hermano Amaury, que la ciñó once. Amaury tuvo por sucesor á su hijo Balduino, cuarto de este nombre.

Vióse entonces mostrarse en la escena á Saladino, quien vencido al principio y mas tarde vencedor, arrebató al fin los Santos Lugares á sus nuevos señores.

Balduino habia dado por esposa su hermana Sibila, viuda de Guillermo *Larga-Espada*, á Gui de Lusignan. Los grandes del reino, miraron con envidia esta elección, y se dividieron. Habiendo fallecido Balduino IV en 1184, tuvo por heredero á su sobrino Balduino V, hijo de Sibila y de Guillermo *Larga-Espada*. El joven rey dejó de existir á la edad de ocho años, á consecuencia de una violenta enfermedad. Su madre Sibila hizo dar la corona á Gui de Lusignan, su segundo esposo. El conde de Trípoli hizo traicion al nuevo monarca, que cayó en poder de Saladino en la batalla de Tiberies.

Terminada la conquista de las ciudades marítimas de la Palestina, el soldan sitió á Jerusalén y la tomó el año 1188 de nuestra era. Todos los hombres quedaron obligados al pago de diez monedas de oro, por vía de rescate; y no habiendo podido satisfacer esta suma, catorce mil habitantes fueron reducidos á la esclavitud. Saladino no quiso entrar en la mezquita del templo, convertida en iglesia por los cristianos, sin haber hecho lavar sus paredes con agua de rosa. Sanut dice que apenas bastaron quinientos camellos para llevar toda el agua de rosa empleada en aquella ocasión; este cuento es digno del Oriente. Los soldados de Saladino derribaron una cruz de oro que se alzaba sobre el templo, y la arrastraron por las calles hasta la cumbre del Sion, donde la rompieron. Solo una iglesia se libró de la saña de los vencedores: la del Santo-Sepulcro, que los sirios compraron mediante una crecida cantidad.

La corona de este reino, medio perdida, pasó á las sienes de Isabel, hija de Amaury I, hermana de la ya difunta Sibila, y esposa de Eufredo de Turena. Felipe-Agusto y Ricardo *Corazon de Leon*, llegaron demasiado tarde para salvar la Santa Ciudad; pero tomaron á Tolemaida ó San Juan de Acre. El denuedo de Ricardo llegó á adquirir tanta celebridad, que mucho tiempo después de la muerte de este príncipe, cuando un caballo saltaba sin causa, los sarracenos decían que habia visto la sombra de Ricardo. Saladino murió poco después de la toma de Tolemaida; y presintiendo su cercano fin, mandó que el día de su muerte le llevasen en la punta de una lanza una mortaja, y que un heraldo gritase en alta voz:

Ricardo, rival de la gloria de Saladino, fue á encerrarse en una torre de Alemania, después de abandonar la Palestina. Su encierro dió margen á aventuras que la historia ha rechazado, pero que los trovadores han conservado en sus baladas.

En 1242, el emir de Damasco, Saleh-Ismael, que hacia la guerra á Nedjmeddin, soldan de Egipto, y que habia entrado en Jerusalén, la entregó á los príncipes latinos. El soldan envió á los Karismienos á sitiar la capital de la Judea, y volviendo á tomarla, dieron muerte á todos los habitantes; y tomaron á saquearla el año siguiente, antes de entregarla al soldan Saley-Ayoub, sucesor de Nedjmeddin.

Mientras esto ocurría, la corona de Jerusalén habia pasado de las sienes de Isabel á las de Enrique, conde de Champagne, su nuevo esposo; y de este á Amaury, hermano de Lusignan, que contrajo cuartas nupcias con la misma Isabel, teniendo en ella un hijo que murió en la infancia. María, hija de Isabel y de su primer esposo Conrado, marqués de Montferrat, llegó á ser la heredera de un reino fantástico; Juan, conde de Viena, casó con María, en quien tuvo una hija llamada Isabel Yolanda, que dió su mano, andando el tiempo, al emperador Federico II; este llegó á Tiro é hizo la paz con el soldan de Egipto. Las condiciones del tratado fueron que Jerusalén sería repartida entre cristianos y musulmanes. En virtud de este convenio, Federico II fué á tomar la corona de Godofredo en el altar del Santo-Sepulcro; ciñola á su frente y regresó en breve á Europa. Es de creer que los sarracenos no guardaron la palabra empeñada á Federico, pues vemos veinte años después, es decir en 1242, á Nedjmeddin saquear á Jerusalén, como queda dicho. San Luis llegó á Oriente siete años después de esta última catástrofe. Es digno de atención que este príncipe, prisionero en Egipto, vió degollar los últimos herederos de la familia de Saladino.

Es cierto que los mamelucos Baharitas, que habian dado muerte á su señor, concibieron el proyecto de libertar á San Luis, eligiéndole su soldan; ¡tanto les habian cautivado sus virtudes! El santo dijo al señor de Joinville que hubiera aceptado esta corona si los infieles se la hubiesen ofrecido. Esto prueba que el príncipe no tenia menos grandeza de alma que piedad, pues su religion no escluí los pensamientos regios.

Mas es el caso que los mamelucos mudaron de parecer: así es que Moas, Almanzor-Nuradin-Alí y Sefeidin-Modfar, ocuparon alternativamente el trono de Egipto, y el famoso Bibars-Bondoc-Dari, que llegó á ser soldan en 1263, devastó la parte de la Palestina no sometida á sus armas, é hizo reparar á Jerusalén: Kelaoun, heredero de Bondoc-Dari en 1281, arrojó á los cristianos de lugar en lugar; y su hijo Khalil les tomó á Tiro y á Tolemaida; por último, en 1294 fueron completamente espulsados de la Tierra-Santa, después de haberse sostenido ciento noventa y dos años en sus conquistas, y de haber reinado ochenta y ocho en Jerusalén.

El quimérico título de rey de Jerusalén pasó á la casa de Sicilia por el hermano de San Luis, Carlos, conde de Provenza y de Anjou, que reunió en su persona los derechos del rey de Chipre y de la princesa María, hija de Federico, príncipe de Antioquia. Los caballeros de San Juan de Jerusalén, que llegaron á ser los de Rodas y Malta, y los caballeros Teutónicos, conquistadores del Norte de la Europa y fundadores del reino de Prusia, son en la actualidad los últimos restos de aquellos Cruzados que hicieron temblar el Africa y el Asia, y ocuparon los tronos de Jerusalén, Chipre y Constantinopla.